

Presbiteriano(A) e Indocumentado(A)

Gustavo Vasquez

De acuerdo con los cálculos de algunas organizaciones civiles, que trabajan con inmigrantes, afirman que hay más de 12 millones de personas (casi un 4% del total de la población) que viven en los Estados Unidos sin documentos. Para muchos políticos el tema de la inmigración ilegal se ha convertido en un asunto electoral, con el cual pretenden buscar votos para las elecciones legislativas (noviembre 2006), exacerbando el miedo hacia los inmigrantes y mezclando este asunto con la seguridad nacional.

La estrategia es hacer ver a los inmigrantes indocumentados como un peligro a la seguridad y continuar manejando el miedo de los votantes contra actos terroristas. Lo cierto es que nadie que haya cruzado ilegalmente la frontera sur del país se ha visto envuelto en actos terroristas. Los últimos actos terroristas (excluyendo las frecuentes matanzas en escuelas y los asesinatos que ocurren en muchas ciudades del país) han sido protagonizados por personas que han nacido en este país o que han entrado legalmente por los aeropuertos y la frontera norte.

Tanto Timothy McVeight (acusado y condenado a muerte por el atentado en Oklahoma el 19 de abril de 1995), como los presuntos aero-piratas que provocaron tragedia del 11 de septiembre de 2002, nunca cruzaron la frontera sur del país. Sin embargo, la manipulación política e informativa pretende mezclar el problema del terrorismo, la seguridad nacional, con el problema de la inmigración. El fin aparente de esta mezcla perversa es volcar opiniones negativas sobre los inmigrantes del sur y hacerlos ver como un peligro, cuando la realidad es totalmente diferente.

Los inmigrantes indocumentados están en todas partes. En mayor o menor proporción en casi todos los estados del país hay inmigrantes que no tienen documentos legales. La inmensa mayoría de ellos realizan los trabajos más duros, los que ningún ciudadano quiere hacer. Trabajan en los turnos más incómodos y no disfrutan de ningún derecho. Son frecuentemente atropellados y explotados y no tienen ninguna alternativa, ni defensa.

Trabajan en restaurantes preparando y sirviendo la comida para muchos de los que ahora leen este artículo; trabajan cultivando y recogiendo los frutos que usted tiene en su despensa. A lo mejor están limpiando su casa o arreglando su jardín. O quizá se congrega con usted en la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos de América a alabar a nuestro Señor Jesucristo, a diezmar en símbolo de genuino compromiso cristiano, a predicar o a participar en los comités de su presbiterio o de su sínodo.

Esta es la historia real de una persona que, al igual que muchos no tiene documentos y es miembro de la IPEUA. Por respeto a su identidad no hay nombres; podría ser hombre o mujer. Lo cierto es que esta es la historia de millones de cristianos en los Estados Unidos, que viven en la sombra y en el temor, pero con la esperanza de que la promesa bíblica será cumplida: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación... Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos... (Mateo 5).

¿Cuándo viniste a este país?

Después de terminar mis estudios de educación en la preparatoria. Yo me gradué en educación, pero nunca he podido ejercer mi profesión. Aunque la verdad es que yo estudié eso como una segunda opción. Yo quería estudiar medicina, pero lamentablemente, los pobres no pueden estudiar medicina. Es una carrera muy costosa.

¿Cómo te has sentido siendo docente, teniendo una profesión y la capacidad para desempeñar una tarea que beneficie a la comunidad, pero sin poder trabajar en ella porque no puedes tener documentos?

Para mí fue muy duro venir a hacer trabajos en restaurantes, factorías, servicios de limpieza y ha sido difícil... muy duro. En algunos trabajos que me ha tocado hacer he tenido que poner en riesgo mi salud, pero he tenido que hacerlos por necesidad.

¿Porqué siendo profesional, no te quedaste en tu país para trabajar en la docencia?

Lo que pasa es que el sueldo del docente en México es de \$400 al mes, con eso no vives. Mientras que aquí puedes ganar fácilmente \$1,200 al mes, eso es una gran diferencia. A pesar de que hay que hay muchos gastos, se puede sobrevivir con ese dinero. Yo espero en Dios que mi situación pueda cambiar. No quiero volver a vivir en México, porque he vivido y visto la pobreza muy de cerca. Por muy duro que tenga que trabajar aquí, nunca he vivido la pobreza que viví en México.

Es importante destacar que los docentes son muy mal pagados en casi todos los países de América Latina y desde hace unos años, los organismos de financiamiento internacional (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, entre otros) han ejercido presión sobre los gobiernos para que reduzcan sus presupuestos en educación y facilitar la privatización de la educación, con la idea de abrir oportunidades de negocios y hacer crecer la economía. Sin embargo, el efecto de esta medida ha sido contrario, sólo se ha logrado la marginación progresiva de los pobres, que no pueden pagar la educación.

Uno de los aspectos que los políticos anti-inmigrantes han esgrimido, es que los inmigrantes y sus hijos están disfrutando de las escuelas y del sistema educativo estadounidense, sin pagar impuestos y esto puede colapsar el sistema. Pero lo cierto es que los inmigrantes y muchos de sus hijos, trabajan muy duro para producirles ganancia a sus patrones que si pagan impuesto. Además, muchos pagan impuestos ya que el ITIN (individual taxpayer identification number) es el único documento legal que se le permite a los inmigrantes indocumentados. En otras palabras, muchos no quieren a los inmigrantes, pero si quieren sus impuestos. Una solución a esto, podría ser darle oportunidad de legalizarse a aquellos que demuestren su honradez y permitirle pagar sus impuestos regularmente, para sostener el sistema de educación.

¿Sabiendo lo peligros de cruzar, las dificultades de vivir en este país y el rechazo de muchos estadounidenses a los inmigrantes, qué te motivó a venir?

Lo que nos impulso a venirnos fue la pobreza en la que vivíamos. Somos nueve hermanos y era muy difícil la vida en México para nosotros. Mi padre murió estando yo en mi niñez y mi madre tuvo que sacarnos adelante a todos.

Admiro y quiero mucho a mi madre porque nos enseñó a superarnos y a ser honestos, como ella. Lamentablemente no tenía ni para comprarnos zapatos...yo trabajé desde mi niñez en supermercados, para colaborar con los gastos en mi casa y esa situación nuestra era la situación de muchos otros niños también.

Todos sabemos que en la frontera hay muchos peligros. Pareciera un territorio sin ley en muchos casos, hay muchos abusos y se corren muchos riesgos. ¿Cómo fue tu experiencia al cruzar la frontera?

Bueno, lo primero que hice fue reunirme con un grupo de personas de mi pueblo y viajamos a una de las ciudades fronterizas. Allí nos hospedamos en un hotel y, a través de una de las personas del grupo, hicimos el contacto con el “coyote”. En ese entonces nos cobraron \$1,500 por persona adultas y \$1,000 por niños.

Esa misma noche ya estábamos cruzando. Yo cruce sólo sin nadie de mi familia, pero con un grupo de 20 personas: hombres, mujeres, jóvenes y niños. Eramos todos mexicanos, aunque cuando cruzamos la frontera, encontramos a otras personas y algunos eran de Centroamérica. Cruzamos caminando después de las doce de la noche. Caminamos durante una media hora.

Ya estando dentro de los Estados Unidos, quienes nos pasaron tenían preparada una Van en donde metieron a todos. Solamente 5 pudieron ir sentados, el resto tuvimos que viajar acostados en el piso unos sobre otros. Llegamos a un sitio, que tenían preparado, y allí pudimos descansar durante esa noche.

Yo le doy gracias a Dios y me considero afortunado, porque fue muy fácil para pasar y los coyotes nos trataron de manera humanitaria. Nos esperaban y nos ayudaban. Pero no todas las historias son así, la persona que encontramos en el camino se había perdido y al parecer la habían dejado a su suerte en el desierto.

Realmente esta persona fue afortunada porque la historia y los testimonios que se encuentran en la comunidad inmigrante son escalofriantes. Basta con revisar las cifras de los cuerpos que son encontrados en el desierto, para entender los peligros y las terribles situaciones que viven, los que se arriesgan por un mejor futuro. Solo en la frontera de Arizona se han encontrado 171 desde el 1 de octubre de 2005¹. Sin embargo hay muchos cuerpos que nunca son encontrados porque son devorados por animales o quedan escondidos en el desierto.

¹ Estadística de la organización No More Death – No más Muertes (www.nomoredeaths.org)

Además del deseo de escapar de la pobreza y encontrar un mejor futuro, ¿qué otra cosa te impulsó a venir a los Estados Unidos?

Nosotros somos 9 hermanos y varios se vinieron desde finales de los años setenta y comienzo de los años ochenta. A través de ellos, mi mamá pudo obtener la residencia después de varios años. Al ella llegar, inició los trámites de mis documentos, ya que por ser menor de edad yo tenía que esperar entre 3 y 4 años para obtener mis documentos. Todo esto cambiaría cuando tuviera más de 21 años, ya que después de pasar esta edad hay esperar entre 12 y 18 años, para poder reunirme con mi familia.

Desafortunadamente, esta persona fue víctima del fraude de abogados inescrupulosos, quienes muy frecuentemente roban a los indocumentados, porque saben que no tienen los recursos y el conocimiento de las leyes necesarios para denunciarlos. Además el miedo a ser deportado los hace víctima de los más increíbles abusos y extorsiones.

Por eso es que mucha gente cruza la frontera para reunirse con la su familia. Además, este país está a un paso del nuestro y la gente piensa que si hoy te sacan mañana intentas nuevamente regresar. Lamentablemente para los suramericanos y centroamericanos esto es más difícil. Todos estamos aquí por la situación de nuestros países, la dificultad para encontrar empleo y salir de la pobreza.

La otra parte de la realidad es que muchos tienen que cruzar ilegalmente, porque los Estados Unidos no le dan visa a personas pobres o de escasos recursos. Ellos (los pobres) son los que tienen más necesidad de venir a trabajar a este país, y no tiene medios legales para poder hacerlo. No existe un sistema que permita a los trabajadores venir legalmente a trabajar. Es por eso que se escucha con frecuencia entre los inmigrantes que prefieren morir en el intento de cruzar, a morir de hambre y miseria en sus países.

Escuchar a una persona que ha pasado todas estas situaciones es un reto de fe. Cómo podemos condenar a aquellos que quebrantan la ley en busca de trabajo, alimento, y futuro para su familia. Hablar con esta persona me hizo recordar el pasaje de Mateo 12:1-8 cuando los discípulos recogían espigas en el día de reposo. En los medios de comunicación se tiende a reproducir estereotipos y manipulaciones que muchos líderes políticos usan para recalcar que los inmigrantes indocumentados, son personas ilegales y criminales.

“Ustedes no entienden esto que Dios dijo: ‘No quiero que me sacrifiquen animales, sino que amen y ayuden a los demás.’ Si lo entendieran, no estarían acusando a gente inocente” (Mateo 12:7).

Puede ser criminal una persona que quebranta la ley para huir del hambre y la miseria, que busca un trabajo honrado, que busca mantener a su familia con su esfuerzo. Puede ser un criminal una persona que vive una vida honesta y que ama fielmente a Dios. Creo que los criminales son quienes manipulan la vida de tantos millones de personas para su beneficio político y económico.

¿Cómo te sientes siendo miembro del cuerpo de Cristo, estando en una situación ilegal?

Estoy tranquilo con mi conciencia porque no abuso de nadie y sigo el camino de Cristo. Las circunstancias obligan a mucha gente a cruzar la frontera, pero eso no nos puede convertir en criminales. No puede ser criminal buscar sobrevivir, sin abusar ni dañar a nadie.

Además, la fe en Cristo me ha ayudado mucho en todas las situaciones que he tenido que pasar. Desde el momento de cruzar la frontera, siempre estuve pidiéndole a Dios que no nos agarrara la migración y que si nos regresaba, poder tener la oportunidad de volver a intentarlo hasta poder cruzar.

La fe estuvo y está presente en mi vida. Aún en la situación en que me encuentro (sin la residencia y sin el Seguro Social) siento que Dios me da tranquilidad, paz y esperanza de que tarde o temprano mi situación se va a resolver. Yo no puedo hacer nada en lo legal, pero se que Dios puede ayudarme a que se abran las puertas necesarias para poder arreglar mi situación. Jesús siempre ha estado conmigo, nunca me ha abandonado y espero seguir siempre con el.

Mucha gente en nuestra iglesia (IPEUA) piensa que todos los inmigrantes que vienen de América Latina son católicos y no necesitan cambiar de iglesia. Algunos piensan que es inapropiado evangelizar a quienes ya tienen religión, pero otros pensamos que es la excusa que muchos sacan para no tener que abrir la iglesia a otras razas y culturas.

¿Porqué tu asistes, participas y trabajas en la Iglesia Presbiteriana?

Siempre hemos sido cristianos y orgullosos de nuestra fe. En México asistamos a una iglesia protestante. La iglesia a la que asistíamos siempre nos apoyó y nos ayudó. Recuerdo que era una iglesia de barro... luego fueron ampliando el edificio y mejorando las instalaciones. Siempre encontramos un mensaje de superación y estudio. Lamentablemente hay muchos otros niños que no tienen ese apoyo y ese mensaje para ir a la escuela, no tienen como pagar los útiles escolares, ni los uniformes y ni siquiera para el desayuno.

Por otra parte, la iglesia presbiteriana en Los Estados Unidos, me ha ayuda a crecer como ser humano, a ser más sensible con los demás y a preocuparme por ayudar a otros... a otros más necesitados que yo. Eso es lo que he visto en la Iglesia Presbiteriana, mucha solidaridad con el que necesita. He conocido otras iglesias, pero en la iglesia presbiteriana he encontrado más unidad, alegría en la gente, gozo en medio de una experiencia de comunidad de fe y especialmente amistad, mucha amistad.

Yo quisiera decirle a mis hermanos y hermanas de la iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos, a aquellos que no han tenido que inmigrar, sino que nacieron y crecieron aquí, que no se olviden de la gente - que como yo- ha tenido que luchar mucho para poder

estar aquí honradamente, que traten de ayudar a las buenas personas que vienen a este país a trabajar duro, que no se dejen influenciar por lo que dicen algunos medios de comunicación que tratan de estereotipar a los inmigrantes como una amenaza. Yo creo que en la gente hay cosas buenas y cosas malas y no podemos juzgar a todos por las malas acciones de uno pocos. Además, como cristianos sabemos que no somos nadie para juzgar a otras personas.

Como en esta historia, hay millones en el país y muchas en la iglesia presbiteriana. Lamentablemente es más fácil hacer aparecer a los inmigrantes como un peligro para la seguridad nacional, que debatir con claridad (sin la hipocresía y la doble moral que caracteriza al debate migratorio en los Estados Unidos) la obsolescencia de un sistema migratorio. Un sistema que no se adapta a las necesidades económicas, sociales y políticas del país y que pretende aislar a los Estados Unidos del resto del continente.

Hay que decir con responsabilidad que el sistema migratorio vigente, contradice el espíritu de la constitución estadounidense y crea un problema ético: los Estados Unidos ejerce una gran presión sobre los países latinoamericanos, para que abran sus mercados y se puedan colocar sus productos, pero pretende cerrar sus fronteras a aquellos latinoamericanos que se empobrecen por la presencia de las corporaciones en sus países.

Muchos políticos irresponsables han encontrado la excusa perfecta: la corrupción y la ineficiencia de los gobiernos latinoamericanos hacen que sus pueblos vivan en la pobreza. Pero, habría que decir que la mayoría de esos gobiernos están respaldados y aprobados por la política exterior estadounidense.

Las políticas represivas, los muros y la criminalización de los inmigrantes no son la solución. Hay que entender que este país no puede estar aislado del resto y que está obligado a vivir en comunidad. Estamos en un mismo planeta y somos mutuamente dependientes. Por lo que es necesario una reforma migratoria justa.

Es una gran contradicción histórica crear muros en tiempos de globalización y apertura, más aún cuando este país se erige como uno de los paladines de esa apertura. Afortunadamente, la historia del mundo nos ratifica que los muros se convierten en monumentos a la incoherencia al pasar de los años. Desde las ciudades amuralladas del pasado, hasta el muro de Berlín -en la historia más reciente- nunca los pilares y el concreto han podido contener a los pueblos. Esta vez no será la excepción.

*Gustavo Vasquez, Equipo de Ministerios Latinos, Presbiterio de Palisades, Paramus, NJ.
gustavo_vasquez@hotmail.com*